

## Comunicación

*Rafael Arráiz Lucca*

Universidad Metropolitana

rafarrail@unimot.edu.ve

### **La filosofía de la historia: Siete visiones del siglo veinte**

#### **Resumen**

Este ensayo procura ser un acercamiento a la Filosofía de la Historia a través de siete experiencias conceptuales. Con fines de delimitación en el tiempo, los enfoques estudiados se circunscriben a historiadores y filósofos del siglo XX. Los autores considerados en este estudio son: Johan Huizinga, R. G. Collingwood, Karl Popper, Fernand Braudel, Isaiah Berlin, Michael Oakeshott y Edward Carr. Como cierre, se busca ajustar los métodos de trabajo de cada uno de los autores y analizar aquellos de sus alcances teórico-prácticos capaces de fomentar criterios filosóficos e históricos para interpretar acontecimientos pasados.

**Palabras clave:** Filosofía de la Historia, siglo XX, historiador, acontecimiento, ciencias del hombre.

### **The Philosophy of History: Seven Visions of the Twentieth Century**

#### **ABSTRACT**

This essay intends to approach the Philosophy of History through seven conceptual experiences. The approaches we will consider are circumscribed to the work of some historians and philosophers of the Twentieth Century. The authors considered in this investigation are: Johan Huizinga, R. G. Collingwood, Karl Popper, Fernand Braudel, Isaiah Berlin, Michael Oakeshott and Edward Carr. Our purpose is to adjust the authors' methods and to analyse those theoretical-practical scopes that promote the emergence of philosophical and historical criteria for interpreting past events.

**Key words:** Philosophy of History, twentieth century, historian, event, sciences of man.

## **Introducción**

En el presente trabajo me propongo revisar las definiciones de Historia y de Filosofía de la Historia, formuladas por siete historiadores del siglo XX, entre finales de la década de los treinta y los primeros años de la década de los sesenta. Seguiré un orden que respeta el tiempo en que salieron los trabajos, pero admite excepciones, como veremos de seguidas. Partiré del ensayo de Johan Huizinga, "En torno a la definición del concepto de historia" (circa 1930), para luego seguir con R.G. Collingwood y *La idea de la historia* (1946); Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945); Fernand Braudel, "La larga duración" (1958); Isaias Berlin, "La inevitabilidad histórica" (1954); Michael Oakeshott, "La actividad del historiador" (1958); hasta concluir con *¿Qué es la historia?* (1961) de Edward Carr.

Después de presentar sucintamente a cada uno de los historiadores, intentaré comprender sus proposiciones fundamentales. Además, iré tejiendo similitudes y diferencias, así como aportes de cada uno, a medida que avance en la lectura crítica de los ensayos. Aclararé el origen de cada uno de los textos, el contexto en que fueron escritos y la fecha y oportunidad de su publicación, ya que algunos son póstumos en su versión editorial, fruto de la labor compiladora de algún discípulo o de algún traductor al español.

En el espacio de las conclusiones arriesgaré algunas; sin olvidar que estoy trabajando con autores que se formaron y trabajaron durante el siglo XX, centuria en la que los estudios históricos alcanzaron un estatuto tan elaborado, que resulta difícil hallar formulaciones posteriores que supongan puntos de inflexión significativos.

### **1. Johan Huizinga: un panorama inicial**

Pocos saben que el primer interés intelectual del historiador holandés Johan Huizinga (1872-1945) fue la lingüística y, en particular, el estudio del sánscrito, ya que su notoriedad proviene de su obra historiográfica. Estudió en las universidades de Groningen y Leipzig, doctorándose en 1897, para luego impartir la asignatura de Literatura de India en Haarlem y Amsterdam. A partir de 1905 lo hallamos como profesor de Historia en Groningen y, a partir de 1915, en la universidad de Leiden. En 1919, publica su estudio *El*

otario de la Edad Media y, en 1938, *Homo ludens*; ambas obras le valieron el mayor de los respetos en la comunidad de los historiadores. Estando en Leiden las tropas nazis cerraron la universidad, en 1942, y lo confinaron a un hospedaje en De Steeg. Allí enfermó y murió el 1 de febrero de 1945, a los setenta y tres años, probablemente sin sospechar que muy pronto terminaría la guerra.

El ensayo que trabajaremos, "En torno a la definición del concepto de historia", fue traducido al castellano por el intelectual español (exiliado en México) Wenceslao Roces y publicado en 1946, en la edición de *El concepto de la historia y otros ensayos* que lleva pie de imprenta del Fondo de Cultura Económica. Por más que he indagado acerca del origen de estos ensayos, no he dado con su fecha de publicación en holandés o alemán. Pero, ya que Huizinga es confinado a partir de 1942, naturalmente se escribieron antes de esta fecha. Por otra parte, el tono del trabajo que nos interesa es el de una conferencia pero, lamentablemente, Roces no ofreció el origen del texto ni en esta edición ni en posteriores, por lo que no tenemos manera de saber dónde y cuándo fue pronunciada. Gracias a las citas de Huizinga, sabemos que el texto es de la década de los años treinta, ya que las más cercanas son de 1929. Hecha esta aclaratoria, veamos el texto.

Huizinga parte de las definiciones de Bernheim y Bauer. Las comenta. Señala la extensión de la de Bauer como un defecto "palmario" y busca definir la historia dentro de los parámetros de la cultura. Aclara que la historia trabaja exclusivamente con el pasado y distingue entre éste y la tradición. En tal sentido, apunta que cada comunidad entenderá su historia dependiendo de su cultura. Ofrece el ejemplo de Occidente para señalar que nuestra historia será científica, dado el espíritu de nuestra cultura. Finalmente, distingue entre quienes atienden al pasado y ubica cuatro sujetos: el cronista; el autor de memorias; el filósofo de la historia; el sabio investigador. Alude a la conciencia histórica y a la historia como partes integrantes de una cultura y coloca el énfasis en que todo lo que se haga en materia histórica estará referido a su contexto cultural.

Como vemos, para la fecha en que escribe Huizinga, la colocación del acento en el asunto cultural es importante, ya que la tendencia a hacer de la historia una sucesión de hechos narrados fuera de contexto es corriente, así como intentar analizarlos mediante aproximaciones que no atienden al ambiente cultural donde

se desarrollan. En este sentido, el aporte de Huizinga es valioso; contribuye a comprender la historia como un aspecto fundamental dentro de un conjunto cultural. Al hacerlo, tiende puentes entre la antropología, la sociología, la psicología y, por supuesto, la filosofía, ya que contempla que la historia se pregunte a sí misma por el sentido y objeto de lo que busca. Sigámoslo:

Nuestra definición circunscribe la materia de la Historia al pasado de la cultura que es exponente de ella. Da a entender así que todo conocimiento de la verdad histórica se halla delimitado por una capacidad de asimilación que surge, a su vez, de la consideración de la historia. La historia misma y la conciencia histórica se convierten en parte integrante de la cultura; sujeto y objeto se reconocen aquí en su mutua condicionalidad<sup>1</sup>.

Como primera aproximación a la Filosofía de la Historia en el siglo XX, la lectura de Huizinga es enriquecedora, además de que funge como puente entre un siglo y otro, ya que los autores que cita inicialmente provienen de la centuria anterior: Bernheim y Bauer. Así, además, sigue el hilo de su cultura; "ajusta cuentas" y continúa en su discurrir. Amplía el número de sujetos al contemplar a aquellos que no se dedican profesionalmente a la historia, pero trabajan con el pasado (cronistas y memorialistas) y, al hacerlo, implícitamente está considerando a actores históricos, ya que el que escribe memorias por lo general es quien ha sido actor de su tiempo, más que testigo pasivo del mismo. En este campo, la visión amplia y plural de Huizinga dilata los ámbitos de validez desde donde se trabaja con el pasado. Este es un aporte señalable, también.

## **II. R.G. Collingwood y la idea de la Historia**

Robin George Collingwood (1899-1943) fue contemporáneo de Huizinga. De hecho, escribió sus textos fundamentales en los mismos años, pero no tenemos constancia de que se hayan leído uno al otro. En todo caso, parece más probable que Huizinga haya leído a Collingwood que viceversa, ya que el primero escribía en alemán y el segundo en inglés. Lo que sí no siembra ningún género de duda es que la reflexión sobre Filosofía de la Historia de Collingwood es de mayor calado que la de Huizinga, no porque éste último no tuviera condiciones para adelantarla, sino porque no se lo propuso,

<sup>1</sup> Johan Huizinga: *El concepto de la historia y otros ensayos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1946, p. 97.

tarea que si enfrentó Collingwood en sus conferencias y cursos. Antes de continuar, repasemos someramente su hoja de vida.

Nació en Coniston (Lancashire) en 1899. Se graduó en Oxford y, de inmediato, comenzó a dar clases en el Pembroke College (1912) de la misma universidad. Durante la primera guerra, trabajó en labores de inteligencia en Londres y regresó a Oxford al concluir la contienda. Se especializó en Filosofía e Historia; trabajó exhaustivamente el periodo del Imperio Romano en Gran Bretaña, así como los temas de Filosofía de la Historia que desarrolló en conferencias durante los años 1926 y 1928, que luego trabajó con visión de conjunto y ánimo de edición. No vio publicada su obra de mayor resonancia: *Idea de la Historia*, ya que la salud comenzó a fallarle en 1938 y, aunque estuvo trabajando hasta 1940, falleció en 1943. Uno de sus discípulos, T.M.Knox, publicó en 1946 el conjunto de textos y conferencias que forman el libro. La segunda guerra mundial y el cuerpo conspiraron contra Collingwood, pero sus sucesores salvaron sus ideas del olvido. Desde su publicación, este libro es considerado el aporte más importante en lengua inglesa a la Filosofía de la Historia. Sigue siendo referencia fundamental en la actualidad.

En el subcapítulo, "La filosofía de la historia", de la Introducción de su libro, *Idea de la historia*, Collingwood comienza por reconocer que el primero que aludió al tema que nos ocupa fue Voltaire y luego se detiene en lo dicho por Hegel. Después, desde su condición de filósofo, explica cómo procede la filosofía. Cito:

La mente filosofante nunca piensa simplemente acerca de un objeto, sino que, mientras piensa acerca de cualquier objeto, siempre piensa también acerca de su propio pensar en torno a ese objeto. De esta suerte, a la filosofía puede llamarse pensamiento en segundo grado, pensamiento acerca del pensamiento<sup>2</sup>.

Más adelante, ubica en el siglo XVIII el momento en que la gente comenzó a pensar críticamente en cuanto a la historia, porque ya lo había hecho en relación con el mundo exterior, y fue entonces cuando la especificidad de la historia convocó a un pensamiento filosófico en torno a ella. En otras palabras, la actividad del historiador, en la medida en que fue definiendo un perfil de especificidad, requirió de un pensamiento que se enfocara en ella. Luego, Collingwood va procediendo por descarte a preguntarse qué debe-

<sup>2</sup> R.G. Collingwood: *La idea de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 11.

ría estudiar y qué no la Filosofía de la Historia. En su lógica argumentativa llega a formularse cuatro preguntas vinculadas con la naturaleza de la historia y la de quienes se dedican a su estudio. Aclara Collingwood que, de tan evidente que son las respuestas, cree que nadie estará en contra de ellas. Afirma:

Los historiadores de nuestros días piensan que la historia debe ser: a) una ciencia, o sea, un contestar cuestiones; b) pero una ciencia que se ocupe de las acciones de los hombres del pasado, c) investigadas por medio de interpretación de los testimonios, y d) cuyo fin es el auto-conocimiento humano<sup>3</sup>.

El aporte collingwoodiano en este esquema es el de la última respuesta. Me refiero al fin último de la historia como "el auto-conocimiento humano": suerte de deber ser socrático que, en verdad, muchos se animarían a discutir. En todo caso, queda claro que la Filosofía de la Historia se dedicará a pensar en cómo procede el historiador en su trabajo, no en lo que busca y encuentra, sino en cómo lo hace. Esto, que no es poco, fue aporte meridiano de Collingwood.

### **III. Karl Popper y La Sociedad abierta y sus enemigos**

Karl Raimund Popper (1902-1994) nació en Viena, en el seno de una familia de profesionales preeminentes. Se doctoró en Filosofía en la universidad de su ciudad natal e inició su carrera profesional como profesor de bachillerato. Dio clases en el Canterbury University College de Nueva Zelanda y en el London School of Economics, hasta que se instala en Penn. Buckinghamshire, donde vivió por más de tres décadas. La reina de Gran Bretaña lo hizo Sir, en 1965. En estos años comienza a recibir doctorados *honoris causa* en expresión de reconocimiento por su obra intelectual. Muchos le consideran entre los tres grandes filósofos del siglo XX. Su libro más celebrado, *La sociedad abierta y sus enemigos*, fue publicado en 1945, y será de él de donde extraigamos el capítulo 25, dedicado a la historia y conclusión del vasto estudio.

En este libro monumental ya citado, donde Popper parte de Platón, para luego revisar a Hegel y a Marx, al final su autor se pregunta "¿Tiene la historia algún significado?" Y se responde que depende de nosotros si queremos darle alguno y, en ese caso, cuál.

---

3 Ibid., p. 20.

Antes, Popper distingue entre ciencias universalistas y ciencias específicas, y señala, con claridad, que la historia pertenece a las segundas, y que poco le sirven las categorías universales alcanzadas por las otras ciencias, ya que ésta procede con singularidades. Luego, en la misma secuencia argumental, defiende el carácter interpretativo de la historia, así como su naturaleza perentoria, ya que toda generación está en la obligación de explicarse, desde sus puntos de vista, los hechos humanos del pasado.

La insistencia en establecer la diferencia entre universalismo y especificidad conduce a formulaciones esclarecedoras por parte de Popper. Igualmente, la voluntad de atribuirle a la historia un significado desde una postura política es valiosa. Popper lo hace desde su tesis de la sociedad abierta, teniéndola a ella como medida de todas las cosas. Así, delimita dos campos y fija posición. Escribe durante la guerra, en condiciones adversas, de modo que no sabemos si conocía las tesis de Collingwood sobre Filosofía de la Historia. En cualquier caso, su posición sobre el significado de la historia es diáfana y concluyente. Llega a ella después de revisar a un autor neurálgico para la comprensión del mundo occidental, sobre todo en sus vertientes utópicas: Platón. Y, por supuesto, tampoco es gratuito que después de este autor revise a Marx, para luego diseñar la tesis de las sociedades abiertas en contraposición a las cerradas; tan utópicas como platónicas y marxistas. En este sentido, Popper desnuda la alianza entre historia-utopía-poder, a partir del señalamiento de las sociedades utópicas autoritarias, partiendo de Platón, naturalmente, y continuando con la última utopía: el marxismo.

#### **IV. Fernand Braudel y los tiempos históricos**

La importancia de Fernand Braudel (1902-1985) para los estudios históricos está fuera de toda sospecha. Perteneció al grupo editor de la revista *Annales*, en Francia, que de tanta relevancia que tuvo, algunos habían de la Escuela *Annales*. Fue director de la publicación, después de quien fue su maestro: Lucien Febvre. Al igual que Popper, Braudel inició su vida laboral como profesor de bachillerato, pero a diferencia del austríaco, dio clases en un liceo en Argelia, donde creció en él su fervor por el mediterráneo. Luego, pasó a impartir asignaturas en la universidad en Francia. Vivió en Brasil durante tres años, cuando trabajó en la universidad de Sao Paulo. La segunda guerra mundial lo llevó al frente de batalla y a

la prisión en Alemania; allí comenzó a escribir en su memoria el libro monumental *El mediterráneo en tiempos de Felipe II*, ya sobre la base de sus tesis sobre los tiempos históricos. Fue incorporado a la Academia Francesa, y recibió los reconocimientos debidos.

En 1958, en la revista *Annales*, publica Braudel su ensayo "Historia y ciencias sociales"; en él trabaja el tema de la larga y la corta duración. Comienza por señalar la querrela que entonces se da entre las ciencias del hombre, acerca de los límites de cada una, las yuxtaposiciones, los solapamientos y los deslindes. Cree que de aquella contienda saldrán fortalecidos en sus definiciones o "de mal humor" e insatisfechos los adversarios. Las dos suposiciones tuvieron lugar. Visto a la distancia, no fue en balde el esfuerzo. Luego, afila el bisturí y la emprende contra lo que llama "la historia tradicional". De esta crítica surgió su tesis sobre la duración de los tiempos históricos. Dice: "La historia tradicional muy atenta al tiempo breve, al individuo, al acontecimiento, desde hace mucho tiempo nos ha habituado a su relato precipitado, dramático, de corto aliento".

Líneas más adelante, insiste en precisar todavía más el ámbito y las consecuencias de la corta duración y, en particular, trabaja el significado del vocablo "acontecimiento". Dice:

Por mi parte, quisiera circunscribirla, aprisionarla en la corta duración: el acontecimiento es explosivo, novedad sonora, como se decía en el siglo XVI. Con su abusiva humareda, llena la conciencia de los contemporáneos, pero casi no dura, su flama apenas logra verse<sup>4</sup>.

Como vemos, Braudel va abonando el terreno a favor de su tesis de la larga duración. Tesis que reserva para el oficio del historiador, ya que considera que el tiempo corto es propio de los cronistas y los periodistas. También, líneas más adelante se esmera en demostrar que la "historia tradicional" se ha dedicado exclusivamente al hecho político, cautiva dentro del tiempo corto y limitada por el acontecimiento. Para cuando Braudel está "lanzando estos dardos", los disparos son de temer, ya que esta posición entonces no hallaba muchos acompañantes, más allá de sus colegas de la revista *Annales*. Un valor añadido a la tesis a favor del tiempo largo, lo entregó el propio autor con su estudio sobre el mediterráneo, de modo que

<sup>4</sup> Fernand Braudel: *Escritos sobre Historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 41.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 42.



no hablaba alguien que iba a desarrollar su tesis posteriormente, sino que la obra sobre el mediterráneo ya había sido publicada en 1949. La autoritas de quien esgrinía la tesis era consistente.

Pero, hay dos aspectos más en la tesis de Braudel que son de suma importancia. Me refiero a la comunicación entre las ciencias del hombre, a las que el autor considera un paso hacia delante en el desarrollo de las ciencias y, además, que este adelanto se lo atribuye a historiadores franceses. La génesis de este proceso de contaminación beneficiosa lo halla en la *Revue de Synthèse Historique*, de 1900, que encuentra continuidad en *Annales*, a partir de 1929. Además, afirma:

El historiador ha querido volver su atención a todas las ciencias del hombre. Eso es lo que da a nuestro oficio extrañas fronteras y extrañas curiosidades. Además, entre el historiador y el observador de las ciencias sociales no nos figuramos las barreras y las diferencias de ayer. Todas las ciencias del hombre, comprendida la historia, están contaminadas unas con otras. Hablan el mismo lenguaje o pueden hablarlo<sup>6</sup>.

Como vemos, la consagración de la interdisciplinariedad es un hecho en el pensamiento de Braudel. No cabe la menor duda de que su concepción de la historia forma parte de una idea global de las ciencias del hombre.

El segundo aspecto que anuncié antes, es el de la primacía del proceso social sobre el individuo. Esto, que no está dicho con el mismo énfasis que emplea para defender otras tesis, a la larga, ha tenido tanta influencia como la clasificación de la duración de los tiempos históricos. De hecho, uno de los que primero reacciona en contra de la primacía de lo social sobre la circunstancia individual es Isaias Berlín, como veremos luego. En resumen, a la importantísima tesis sobre la necesidad de estudiar la historia dentro de parámetros de larga duración, atendiendo a aspectos que van más allá del acontecimiento político, se suma el acento que Braudel en el proceso social, minimizando el efecto del individuo sobre el mapa de la historia. Además, la defensa de la interdisciplinariedad es ardorosa y, entonces, valiente. Todavía se hace necesaria invocarla con frecuencia.

6 *Ibid.*, p. 31.

### **V. Isaias Berlín: un alegato a favor del individuo**

El profesor Isaias Berlín (1909-1998) nació en Riga (Letonia), pero se formó en Gran Bretaña, a donde sus padres emigraron. Decía de sí mismo que era británico, judío y ruso. Estudió PPE [Filosofía, Política y Economía] en el Corpus Christi College de Oxford, donde se graduó. Fue profesor en el New College y en el All Souls, ambos de Oxford, donde también fue rector fundador de Wolfson College, en 1966. Su vida académica e intelectual, y toda su obra escrita, tuvieron a Oxford como único ámbito. Muchos le consideran entre los grandes filósofos políticos del siglo XX. Su concepto sobre las dos formas de libertad es ya un clásico para los estudios políticos. Sus aportes a la historia de las ideas son de gran significación. El texto que comentaremos sucintamente es fruto de una conferencia dictada en 1954, fecha de publicación del mismo. Se titula "La inevitabilidad histórica" y está recogido en la antología de sus ensayos, organizada por Henry Hardy, publicada con el título *Sobre la libertad*.

Aunque en ningún momento lo especifica, es evidente que Berlín en este texto está polemizando con los historiadores agrupados en torno a la revista *Annales*. En los primeros párrafos deja claro acerca de cuál concepción historiográfica va a reflexionar. Dice:

La idea de que se pueden descubrir grandes leyes o regularidades en el proceso de los acontecimientos históricos atrae, naturalmente, a aquellos que están impresionados con el éxito que tienen las ciencias naturales en clasificar, correlacionar y sobre todo, predecir. Consecuentemente, intentan ampliar el conocimiento histórico, de forma que cubra los vacíos del pasado [y, a veces, para construir en el vacío sin límites del futuro], aplicando el método científico: extendiendo este conocimiento, armados con un sistema metafísico o empírico, a partir de las áreas aisladas de certeza, o virtual certeza, que pretenden poseer.<sup>7</sup>

Más adelante, indaga en el trasfondo teleológico de esta concepción, hallando sus resortes primitivos, dejando al desnudo el origen de esta necesidad del hombre de buscarle explicaciones pre-determinadas por una suerte de voluntad divina o, en su defecto, propia de leyes sociales descubiertas o por descubrir. En una suerte de otra "vuelta de tuerca", Berlín señala:

---

<sup>7</sup> Isaias Berlín: *Sobre la libertad*, Madrid, Adverba, 2004, p. 133.

La idea de que la historia obedece a leyes, sean éstas naturales o sobrenaturales, y de que todo acontecimiento de la vida humana es un elemento de una estructura necesaria, tiene profundos orígenes metafísicos: el apasionamiento por las ciencias naturales alimenta su desarrollo, pero éste no es sólo su única fuente ni, por supuesto, la principal. En primer lugar está la concepción teleológica del mundo, cuyas raíces se remontan a los comienzos del pensamiento humano. Se presenta en muchas versiones, pero lo que es común a todas ellas es la creencia de que los hombres, todas las criaturas vivientes y quizás también las cosas inanimadas, no son meramente lo que son, sino que tienen también determinadas funciones y persiguen determinados propósitos<sup>8</sup>.

Siguiendo su línea argumental, dentro de su enfrentamiento con la idea determinista de la historia, la emprende contra el carácter científico que muchos le atribuyen a los estudios históricos. Berlín se pregunta si tiene alguna utilidad práctica discurrir sobre el particular, ya que, según él, todos los intentos por categorizar la historia terminan en simplificaciones estériles. Sin ser demasiado categórico, afirma que la historia no es una ciencia en el sentido en que lo son las ciencias naturales y, al no serlo en ese sentido, no puede hablarse de leyes que permitan predeterminar lo que va a ocurrir, ni analizar lo que ha ocurrido para la sombra de una explicación teleológica.

Evidentemente, está blandiendo una espada contra lo que llama las teodiceas de la historia (Schelling y Toynbee); contra los Saint-simonianos; contra Hegel, Comte, Darwin y Marx. A éste último, le reconoce haber alcanzado la más elaborada formulación. Afirma:

De todas éstas, el marxismo es con mucho la más audaz y la más inteligente, pero los que la practican, por mucho que hayan añadido a nuestro conocimiento, no han conseguido su noble y poderoso intento de convertir la historia en una ciencia<sup>9</sup>.

Más adelante, siempre dentro de su tarea de de-construcción del determinismo histórico vuelve con sus argumentos de peso. Dice:

La creencia en un determinismo histórico de este tipo está, por supuesto, muy extendida, especialmente en lo que yo quisiera llamar su forma historicista, con lo cual quiero decir las teorías

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 104.

metafísico-teológicas de la historia, que atraen a muchos que han perdido la fe en ortodoxias religiosas más antiguas<sup>10</sup>.

Finalmente, debo señalar que si he citado *in extenso* es porque las observaciones de Berlin son sumamente agudas y porque articulan una crítica a la mayoría de las posiciones sobre la Filosofía de la Historia para entonces conocidas, tanto de la izquierda como de la derecha del espectro político de su tiempo. No sólo disecciona las posiciones de Marx, sino también las de Darwin, o las que dieron origen al fascismo; e incluso las de los liberales británicos, son objeto de sus observaciones críticas. En suma, señalo el valor de la crítica berliniana al determinismo histórico, a las pretensiones científicas y, además, apunto la importancia de afirmar que el individuo también cuenta, que la historia no está tramada de hechos colectivos impersonales e inevitables, sino que el hombre (y el azar) forman parte de la historia. Apunto la coincidencia entre Popper y Berlin en cuanto a su propósito de cuestionar la autoridad de la ciencia, y de negar la pretensión de hacerlo.

#### **VI. Michael Oakeshott y la actividad del historiador**

El prestigio intelectual de Michael Oakeshott (1901-1990) no ha dejado de crecer. Nacido en Inglaterra y educado en el Gonville and Caius College de la Universidad de Cambridge, donde se graduó en Historia, trabajó en Filosofía Política y en Filosofía de la Historia, dejando una obra que muchos juzgan, simplificándola, como exponente del pensamiento conservador o liberal. En este ensayo nos concentraremos en un texto publicado en 1958, titulado "La actividad del historiador", recogido en su libro *El racionalismo en la política y otros ensayos*.

Oakeshott distingue tres actitudes en relación con el pasado: la Práctica, la Científica y la Contemplativa. Las tres dependen de quien interpreta los hechos ocurridos. La Práctica puede desarrollarla un abogado en ejercicio de una argumentación, valiéndose del pasado para abogar por una causa. La Científica surge cuando los hechos ocurridos tienen un valor independiente del individuo. Es decir, no son auscultados con un fin particular, sino que están allí, autónomos. La contemplativa refiere al que visita al pasado en busca de imágenes, de referencias para una obra de creación o para cualquier otro fin distinto al de pulsarlo científica o práctica-

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 200.

mente. Esta taxonomía responde al objeto de búsqueda del sujeto en el pasado. En tal sentido, el objeto determina la manera como se visita lo ocurrido.

Luego, el autor señala la diferencia que mantienen la saga o la leyenda (que se hacen de los hechos pasados con un sentido específico), de la actividad del historiador. Acerca de ésta concluye en que al "historiador no le interesan las causas sino las ocasiones" (Oakeshott, 2001: 176), ya que según el autor lo que busca el historiador es la coherencia entre las contingencias, más que las causas como tal. Esto, que para algunos puede parecer una sutileza, no lo es, ya que no es lo mismo buscar causas en búsqueda de "la verdad histórica" que hallar las relaciones entre las contingencias. No tuerca Oakeshott en la diatriba sobre la naturaleza científica o no de la actividad del historiador, sino que zanja el dilema, lo obvia desde una instrumentación práctica.

### VII. E.H. Carr y una pregunta central

Edward H. Carr (1892-1982) estudió en el Trinity College de la Universidad de Cambridge. Se desempeñó como diplomático de la cancillería británica entre 1916 y 1936. En esos años se fascinó con la historia de Rusia y comenzó a tomar apuntes para su vasta obra: *Historia de la Unión Soviética*, publicada en diez tomos entre 1950 y 1978. Al finalizar la guerra, entra como *fellow* del Balliol College de Oxford. Culmina su vida académica en el Trinity College de la misma universidad. En 1961, publica su ya clásico *¿Qué es la historia?*, texto que auscultaremos en las líneas que siguen.

Después de reconocer en Collingwood al "único pensador británico de este siglo que haya realizado una aportación seria a la filosofía de la historia", y de hacer un recorrido atento por el pensamiento acerca de la naturaleza de los estudios históricos, y en torno a la pregunta que titula su libro, Carr se detiene en las funciones del historiador, su tarea. Afirma: "La función del historiador no es ni amar el pasado ni emanciparse de él, sino dominarlo y comprenderlo, como clave para la comprensión del presente"<sup>11</sup>.

Luego, ya respondiendo la pregunta que se formula como norte de su disquisición, señala: "Mi primera contestación a la pregunta

11 Edward H. Carr: *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Editorial Ariel, 1999, p. 73.

de qué es la Historia, será pues la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado<sup>12</sup>.

Ya al final del texto, el autor da otra vuelta de tuerca y le señala otras funciones a la historia, siempre desde la conciencia del actor fundamental del proceso. Dice:

La historia es la larga lucha del hombre, mediante el ejercicio de su razón, por comprender el mundo que le rodea y actuar sobre él. Pero el período contemporáneo ha ensanchado la lucha de una forma revolucionaria. El hombre se propone ahora comprender y modificar, no sólo el mundo circundante, sino también a sí mismo; y esto ha añadido, por así decirlo, una nueva dimensión a la razón y una nueva dimensión a la historia<sup>13</sup>.

Antes de llegar a esta conclusión, el autor se ha detenido en la influencia que Rousseau ha tenido en la conciencia histórica, a partir de sus tesis que colocan el acento en la responsabilidad individual y colectiva. También se ha detenido en Marx, quien le atribuye un norte revolucionario, transformador, a la tarea del hombre en su dimensión histórica, ya que de lo contrario, según él, no tendría sentido su existencia. Como vemos, Carr en relación con la Filosofía de la Historia remite a la autoridad de Collingwood. Intentemos ahora algunas conclusiones.

### **Conclusiones**

El primer autor que pulsamos fue Huisinga, quien ubica a la historia y a la conciencia histórica dentro de un panorama más amplio: la cultura. Además, deslinda entre los sujetos que visitan el pasado, entre ellos el historiador. Con Huisinga, el ámbito en el que emerge la conciencia histórica ensancha sus linderos. Luego, con Collingwood, que reconoce los antecedentes de Voltaire y Hegel, alcanzamos la primera definición de Filosofía de la Historia precisa. Es unánime reconocer a este filósofo-historiador como el que hizo explícita la tarea del asunto que nos ocupa. Así, en el momento en que quien estaba trabajando profesionalmente la historia pensó en lo que estaba haciendo, comenzó el camino de la Filosofía de la Historia. Esto, sin duda, lo esclarece Collingwood. El aporte de Popper podemos cifrarlo en considerar válido atri-

---

12 *Ibid.*, p. 76.

13 *Ibid.*, p. 202.

buirle un significado a la historia, desde la posición filosófica que se tenga, y atendiendo a la diferencia entre ciencias universales y específicas.

Así como Collingwood es piedra fundacional, Braudel es punto de inflexión sustancial. Al hacer la crítica de la historia reducida al acontecimiento, en el tiempo corto, va esbozando su tesis sobre la necesidad de comprender los hechos dentro de la larga duración. Este concepto cambió las dimensiones y el enfoque del trabajo del historiador. También, al dibujar el mapa de la interdisciplinariedad, fijó unos linderos muy amplios, unos vasos comunicantes, entre distintas disciplinas del hombre. Esta amplitud ha sido enriquecedora. Además, al colocar el énfasis en los procesos sociales y no en el individuo, provocó un duelo intelectual valiosísimo, que todavía está en pie. De hecho, Berlin responde a él, y aboga por la primacía del individuo en la historia, señalando que privilegiar lo social de manera excluyente conduce a desafueros; así como a la pretensión de creer que hay leyes en la historia y, por ello, puede considerarse una ciencia. Como vemos, las proposiciones de Braudel provocaron una suerte de ortodoxia en las filas de sus seguidores y, además, un esfuerzo de clarificación en las filas contrarias, de allí el lúcido aporte de Berlin.

Finalmente, los aportes de Oakeshott son menores en este campo, pero no por ello los dejamos de consignar. En particular, la clasificación que puede tenerse ante el pasado dependiendo de lo que se quiere de él. Se refiere a la actitud práctica, científica o contemplativa. Por último, Carr reconoce el aporte definitorio inicial de Collingwood y se anima a acotar algunas observaciones, entre ellas que a partir de Rousseau y Marx el hombre no sólo se esmera en comprender la historia sino en transformarla, en empeñarse en una tarea revolucionaria. Así llegamos al final de este resumen conclusivo.

La primera conclusión a la que se puede llegar es que la historia es un campo donde la interpretación no cesa; en consecuencia, no hay ninguna posibilidad de contar con hipótesis probadas que tengan fuerza de ley, como ocurre con las ciencias naturales. No hay ninguna ley de la gravedad en materia histórica. Nadie puede decir que los hechos se repiten de manera exacta en el ámbito de la historia, de tal forma que la científicidad de la historia es distinta a la de las ciencias naturales. Esto queda claro.

La segunda conclusión a la que puede llegarse es que, ciertamente, la mejor manera de comprender los fenómenos históricos es ubicándolos dentro de un marco cultural vasto, apelando a la interdisciplinariedad y en un período de larga duración. Así, la premisa de Collingwood de pensar qué hace el historiador mientras historia, puede materializarse mejor. En este sentido, la ampliación de los linderos que trajeron Braudel y sus compañeros de *Annales* es indudable.

La tercera conclusión nos viene dada por el llamado de atención de Berlin. No hay tales leyes en la historia, de modo tal que no es una ciencia en los términos clásicos y, además, el individuo no puede ser obviado en aras de los procesos sociales. El individuo también cuenta. Esta observación le sale al paso a la idea según la cual los procesos van a ocurrir independientemente de los individuos que forman parte de ellos. El nazismo sin Hitler no hubiera sido tal, y según la posición de Berlin, tampoco el stalinismo. Este punto es de importancia, ya que en la concepción braudeliana que coloca el acento en los procesos sociales, el nazismo y el stalinismo hubieran ocurrido igual sin ellos, ya que anidaban en el cuerpo social que los engendró y los produjo y, la verdad, es que no hay forma de obviar el sesgo personal que los protagonistas le imprimen a los procesos colectivos que comandan.